

# EL NIHILISMO COMO MOVIMIENTO NECESARIO A PROPÓSITO DE NIETZSCHE\*

*Carlos A. Castillo Lara*  
Universidad del valle

«Aquí sentado aguardo, rodeado de viejas tablas rotas;  
y también de nuevas tablas a medio escribir. ¿Cuándo  
llegará mi hora?»<sup>1</sup>

## RESUMEN

Los valores constituyen el entramado existencial: ayudan a jerarquizar, establecen normas para la acción y se presentan como las metas hacia las que dirigimos la *voluntad*. La existencia es movimiento, así los valores que en una etapa nos sirvieron inevitablemente caducan; entonces, la esencia misma del existir queda expuesta a un momento crítico y decisorio. La *voluntad* exige valores para continuar, sean viejos (decadentes) o nuevos (ascendentes). El *nihilismo activo* es la tarea de reconocimiento y limpieza para establecer valores nuevos que permitan el movimiento y el ascenso.

**Palabras clave:** Voluntad de Poder, Valor, Valoración, Movimiento, Decadencia, Ascenso y Nihilismo

## ABSTRACT

The values erect the existential net: they help to give hierarchy, they establish standard to the action and they show as the goals to which we guide the *will*. The existence is movement, there the values who on a phase served us unavoidably they expire; so, the essence of the existence stay exposed to a critical moment and decisive. The *will* demand values, old (of decadence) or new (ascending), to continue. The *active nihilism* is the job of acknowledgement and cleaning to establish new values that enable the movement and the promotion.

**Key words:** Will of Power, Value, Valuation, Movement, Decadence, Promotion and Nihilism

\* **Recibido** Mayo de 2006; **aprobado** Mayo de 2006.

<sup>1</sup> Nietzsche, F., *Así habló Zaratustra, Tercera parte, De las viejas y nuevas tablas*, § I, Ed. La Oveja Negra, p. 203

## 1. ¿Por qué llega el nihilismo?

Como primer paso hay que dar una mirada, aunque de manera ligera, a aquello por lo cual llega el nihilismo, aquello que se devalúa: el *valor*.

Los valores son aquellos agregados al ente que sirven para dar dirección a la acción, sirven como propósito (meta) de ella. En este sentido hay que entender que los valores son en función del movimiento, en otras palabras, los valores aparecen y se mantienen porque valen, es decir, tienen validez activa. Así mismo, como meta y movimiento, los valores indican un *dirigirse a...*, hacen determinar el horizonte y el camino del movimiento; en el sentido *cosmológico*, proporcionan ubicación en el plano de la existencia y, por tal razón, erigen un orden en ella misma en cuanto ayudan a establecer jerarquías de lo preferente, es decir, le conceden mayor importancia a unas cosas sobre otras de acuerdo a la estructura de la valoración o la meta que se busca alcanzar; así, la acción se ejecuta acorde a lo que tiene mayor importancia. Al mismo tiempo, los valores proporcionan fundamento desde y para la esencia al contestar el «por qué»<sup>2</sup> del movimiento, de la existencia.

44

Los valores, que indican movimiento, se integran a la vida en el movimiento, que es movimiento como voluntad de poder, en la búsqueda de su efectivo cumplimiento. Los valores, y más precisamente los *cosmológicos*, así como son en función del movimiento también se los debe entender en (y sólo dentro de ella) función de la *voluntad de poder*; de lo contrario, si quedan por fuera de ella, sea por su uso o sea que se los adquiera previamente por fuera de esta función, ellos se tornan caducos. La permanencia de los valores no es independiente, ellos no poseen autonomía ni son entes concretos; tampoco su permanencia está determinada en el ente en sí, sino en quienes ejecutan la acción. Resulta, por tanto, que los valores en función del movimiento no son inmutables. Así, como se adquieren por el movimiento, su validez es aminorada y perdida por el movimiento. *La voluntad de poder* es cambiante y por tal los valores también lo son, su caducidad y pérdida es un movimiento necesario. Su pérdida o término llega cuando su realización es completa, cuando la meta es finalmente alcanzada, o cuando su aniquilación es directa, sin embargo, los valores no caducan por sí mismos aunque en sí son en función del movimiento, su natural caducidad les llega por el movimiento de quienes los ejecutan. El hombre como ser-vivo cambia, muta su forma y los valores que una vez le sirvieron ahora le quedan pequeños; los valores han caducado porque ya no se es lo mismo de

<sup>2</sup> Cfr. Nietzsche, F., *La voluntad de poderío*, Libro primero: *El nihilismo europeo*, I. *Nihilismo*, § 2, Biblioteca EDAF, p. 33

antes, porque se ha crecido. Por ello, son necesarios valores nuevos que se amolden a los cambios, a la nueva forma, por consiguiente no se debe buscar de ninguna manera una relación contraria, es decir, detener el movimiento y ascenso vital para conservar los viejos valores.

No es un puñado de valores ordinarios los que aquí se han devaluado, son los valores cosmológicos los que han perdido su validez, la forma como desde antaño se venía interpretando al mundo ya no contesta el «*por qué*». Con la desvalorización de los valores supremos se pierde la claridad sobre los entes, el mundo se hace confuso, turbio, oscuro. Se comienzan a escuchar los pasos de un ineludible visitante. La conciencia (aunque de forma gradual) de esta desvalorización conduce al nihilismo como hecho (actividad) necesario.

El nihilismo aparece cuando se lleva a cabo la valoración; cada nueva valoración no sólo estará precedida por el nihilismo sino que, además, será culminada por él; el valorar conduce a la desvalorización y de nuevo al nihilismo, de modo que se forma un ciclo. El nihilismo, entonces, no es producto de..., o no se restringe a la decadencia, aunque en ella se hace alarmantemente necesaria su aparición.

## 2. El nihilismo como tarea ineludible, no como reposo

Entendiendo que en Nietzsche la psicología<sup>3</sup> se identifica con la *voluntad de poder* en cuanto se refiere a la vida misma, él habla de tres formas en que el nihilismo sobreviene como estado psicológico.<sup>4</sup>

La primera forma adviene de la decepción provocada al no hallar el cumplimiento de una meta en el ciclo en sí, del movimiento de la mera existencia. Esto ocurre cuando el existir, o incluso el devenir mismo, es visto como una tarea que posee inscrito de antemano un propósito. Lo común es que se ejecuta una tarea para lograr el resultado y cuando éste

<sup>3</sup> Aquí, el término *psicología* no debe ser entendido como actualmente se hace, sino a la manera nietzscheana. Para este aspecto es preciso recordar (o mencionar) a un Nietzsche conocedor de la filología clásica, por ello cuando él hace mención del término *psicología* lo hace en su sentido más clásico. Vista etimológicamente, esta palabra posee la raíz griega *psyché*, la cual a su vez es una palabra onomatopéyica: es del sonido producido por la última exhalación de los moribundos; por tal razón se le considera como el aliento vital, el soplo de vida o lo que en castellano podemos entender por alma. De este modo Nietzsche lleva a cabo una directa asociación entre *psicología*, vida y *voluntad de poder*.

<sup>4</sup> Ver Nietzsche, F., *Voluntad de poderío*, Aforismo 12: *Desmoronamiento de los valores cosmológicos*, pp. 35-38 y comentarios de Heidegger, M., *Nietzsche*, parte IV: *El nihilismo europeo*, títulos: *El concepto nietzscheano de la cosmología y la psicología y La proveniencia del nihilismo. Sus tres formas*, Ed. Destino, vol. 2, págs. 52-64

es alcanzado la tarea termina con satisfacción; así, se piensa que toda acción desemboca en un fin. Pero el devenir no termina con el cumplimiento de las metas, el devenir en sí mismo no es una tarea y es ajeno al cumplimiento de cualquier meta, él no promete. Como consecuencia se obtiene una conciencia del «*en vano*» de la mera existencia. No hay propósito innato al movimiento debido al conocimiento del no término del ciclo y de que el accionar del ciclo no conduce a ningún fin o meta. Esto se presenta como una decepción y ello conduce al nihilismo, así pues la sola existencia ya no es suficiente fundamento. El conocimiento del no término del ciclo y de que el accionar del ciclo no conduce a ningún fin (meta), no hay propósito innato al movimiento. La decepción conduce al nihilismo. La sola existencia ya no es suficiente fundamento.

Una segunda venida del nihilismo como estado psicológico ocurre cuando se busca el fundamento dentro de una totalidad. En ausencia de una meta innata de la existencia ella es buscada dentro de la universalidad para determinar la identidad en su interior; la individualidad es entregada al todo con el fin de obtener respuesta para la esencia. Nietzsche, en el aforismo 53 (§ 3)<sup>5</sup> menciona tal tendencia unificadora, un movimiento en donde se toma por virtud el integrarse al rebaño: cada individuo se despoja de su individualidad para lograr obtener uniformidad y su consecuente unidad; se queda sometido a los designios de la moral unificadora, todo movimiento es ejecutado en miras a satisfacer tal unidad. Pero el devenir tampoco permite el cumplimiento de la totalidad como identidad y como meta, el actuar humano no permite llevar a satisfacción tal uniformidad. El *orden universal* pierde, por un lado, su carácter de *universal* al no ser posible abarcar la totalidad de los individuos en su interior, y por otro lado, su carácter de *orden* al no cumplirse como meta una organización de la totalidad: la benevolencia del Dios superior no se cumple, la divina providencia parece muy caprichosa como para ser divina, el orden universal no parece reflejarse en el hombre y por el contrario este último más bien parece poder quebrantarlo a su antojo. No hay orden natural inmutable que se aplique como canon, su carácter de incuestionabilidad ya no es sostenible.

Aún llega una tercera de estas formas. La decepción que se pone ante la realidad no es suficiente para acabar con la voluntad de poder; la existencia puede agotar la fisiología de los individuos y aminorar su voluntad, pero no la destruye completamente. La voluntad siempre busca una meta para seguir siendo voluntad.

En el aforismo 55 (punto 7) Nietzsche habla de qué se trata esta última búsqueda de una meta, se trata de la «*voluntad de la nada*».

<sup>5</sup> *cf.*, Nietzsche, F., Voluntad de poderío, *op cit.*, pág. 57

Esta nueva fuga acepta lo mutable del devenir pero niega su verdad, en cambio configura un mundo que sí sea verdadero, que además de inmutable sirva como refugio a la voluntad. La voluntad sólo le teme al aniquilamiento de su esencia, es decir, le tiene horror al *no-querer*; ella quiere establecer orden, busca una meta y la encuentra: *la nada*. El querer la nada se presenta como una forma de valorar, aunque sea voluntad de destrucción (autodestrucción) como voluntad. Así, «*prefiere la nada a no querer*».

Este «*querer la nada*» se da como la configuración de un mundo suprasensible, un mundo «*más allá*» que desvaloriza el mundo real y todo lo que lo constituye, incluso la existencia misma, por eso es autodestrucción. No obstante, la promesa (la meta) del «*más allá*» se encuentra por fuera del alcance de toda realización por cuanto es negación del mundo real. Este mundo *verdadero* es carente de fuerza, no sólo como reflejo de la debilidad de sus creadores (los «*enfermos*»), sino por su insostenibilidad como fundamento para la voluntad. El hombre que en él se refugiaba comienza a hacerse consciente de su artificialidad, de que su creación fue producto de una necesidad psicológica; llega la decepción, tambalea el valor de aquella irrealidad, el nihilismo ha llegado; el hombre se vuelve incrédulo y ya no se permite la fuga a mundos metafísicos. No le queda otro camino más que la resignación ante la realidad del devenir. Pero a pesar de este conocimiento la existencia sigue siendo tortuosa e insoportable.

47

Cada modo ha conducido a la decepción y al nihilismo; pero antes de encarar rotundamente la crudeza de la realidad, antes de quedar arrojado al vértigo producido por la ausencia del valor, antes de tener que dedicarse a la necesaria tarea del nihilismo y consecuentemente a la de la nueva creación de valores (tarea para la que el *agotado* no está preparado), el individuo retrocederá una y otra vez a la antigua meta<sup>6</sup>, al antiguo refugio hasta que queda agotado y no sirve mas como cobijo, pues la *catástrofe*<sup>7</sup> habrá llegado.

Ya los viejos valores *cosmológicos* no contestan el «*por qué*». ¿Cómo existir si el ciclo en sí es carente de propósito? ¿Cómo obtener identidad de las individualidades? ¿Cómo continuar valorizando sin engañarse? No hay *fin*, no hay *unidad*, no hay *verdad*, estas son categorías que ya han caducado; no hay direccionamiento ni orden que ayuden a posicionarse en la realidad. «*Dios ha muerto*», lo real es el devenir; llega el sentimiento del vértigo ante la ausencia del suelo firme que permitía establecer la dirección. La decepción y el nihilismo ponen al individuo al borde del

<sup>6</sup> No se confunda este *retroceder* con el *eterno retorno*.

<sup>7</sup> Ver Nietzsche, F., *La voluntad de poderío*, aforismo 56, pp. 62-63

aniquilamiento al hacer tambalear el fundamento. El nihilismo, en cuanto tarea activa que despoja, pone en conocimiento la esencia misma, pues ella es la más afectada, ella es el centro de toda la operación. Cuestionar el valor es dirigir la mirada a la esencia, la que habrá de prevalecer a todo el proceso. Es, entonces, ésta una tarea seria, ya que en ella está puesta la esencia misma del hombre.

### 3. El visitante que merodea

Desde hace algún tiempo se comenzó a gestar el nihilismo, desde la aparición de la sensación de que algo no marchaba bien, el gradual despertar de la conciencia (ese instrumento necesario para el nihilismo) que conduciría más adelante, con la madurez suficiente, hacia el medio día del hombre.

En el aforismo 56 («*Periodos del nihilismo europeo*») <sup>8</sup> Nietzsche menciona cuatro períodos en los que se da lo que podría concebirse como la evolución hacia un acontecimiento necesario e inevitable.

48 El pesimismo hizo su aparición como preforma del nihilismo, pero no es su directo equivalente. Se puede tomar al pesimismo como el sentimiento que da inicio, mientras que el nihilismo es la tarea. Pero resulta confuso en ocasiones determinar dónde termina el pesimismo y dónde empieza el nihilismo.

El primer período, «*El período de la oscuridad*» se manifiesta cuando, el hombre ha comenzado a entrar en conflicto con su ubicación en el mundo, a razón de que la verdad, que sobre el mundo presente había montado para procurarse un lugar, ha comenzado a tambalear ante sus ojos, mientras que él a duras penas, valiéndose «*de toda clase de tentativas*», lo puede evitar. Su mundo *verdadero* tiembla y él entra en conflicto consigo mismo al no tener seguridad; la *verdad* se está cayendo, pero la realidad aún permanece. Todo es confuso en medio de este temblor, la verdad que daba claridad desaparece, las formas se tornan difusas y el mundo real se vuelve oscuro. Lo *viejo* evidentemente ha caducado y lo *nuevo* se presenta primeramente como una necesidad futura para la existencia; la oscuridad es más profunda a causa de esta confusión: ¿cómo abandonar lo que daba seguridad (lo viejo), pero que fue construido desde la decadencia? Y ¿cómo afrontar eso a lo que aún no se está preparado?; ¿qué camino tomar? La resignación a la normatividad sumiéndose en una profunda tristeza a costa de oprimir el impulso superior o el pesimismo como debilidad y decadencia/nihilismo

<sup>8</sup> *Ibid.*

pasivo, o dirigir una mirada analítica a las fuerzas y poderes, entregándose a la tarea del pesimismo de la fuerza/nihilismo activo.

El segundo período, «*El período de la claridad*» ocurre cuando hay un mejor acercamiento y delimitación de aquello que causaba la confusión: lo nuevo, que es ascendente, y lo viejo, que es el declive. Se reconoce que lo nuevo es lo necesario y que se encuentra opuesto a lo viejo. La confusión del período anterior se disipa, se sabe que lo uno (lo nuevo) niega a lo otro (lo viejo), o viceversa, y que por ello no pueden permanecer juntos, ya no se busca poseer a los dos. Existe el conocimiento de la necesidad de derrumbar viejos valores para abrir paso a los nuevos, pero la madurez no es suficiente para emprender una tarea radical, «*estamos muy lejos de ser suficientemente fuertes para lo nuevo.*»; se emprende, entonces, un *nihilismo incompleto* insuficiente para cumplir los requerimientos de la necesidad esencial: se identifican las averías en la edificación pero ellas son ocultadas bajo una remodelación, los valores caducos son remplazados por otros pero ubicados en la misma posición y estructura sin dar solución para el fundamento. En un comienzo se cree que esta es la verdadera tarea, pero ella es insuficiente y se termina por acrecentar la decepción, el problema ha crecido ante la impotencia; la conciencia ya no es suficiente.

Un tercer período, «*El período de las tres grandes pasiones*» refiriéndose a las pasiones que determinan al hombre desde su decadencia y que proporcionan ese consuelo metafísico que al mismo tiempo las acrecienta; la decadencia que da lugar a la moral y que a su vez sumerge más en la decadencia; la moral es ese peligroso *narcótico*<sup>9</sup> que sirve como fuga<sup>10</sup> para el hombre débil de la insoportable realidad. Las tres grandes pasiones según Nietzsche son: el «*desprecio*» por aquellos que no son impotentes, que sí poseen la capacidad de enseñorearse y representan lo opuesto al estado de decadencia; la «*compasión*» que busca igualar en una sola identidad decadente; y la «*destrucción*», o autodestrucción, que representa lo nocivo del refugio moral en cuanto que se vuelve contradictorio a la *voluntad de poder* al orientarla hacia una *voluntad de la nada*.

La moral ocultaba la decadencia y evitaba afrontar la presencia del nihilismo, para el cual el decadente aún no estaba preparado. Hay una *tensión torturadora*<sup>11</sup> que anuncia la inevitable catástrofe, la irrupción de un *huésped inquietante*.

<sup>9</sup> *Ibid.*, aforismo 4, pp. 33

<sup>10</sup> *Ibid.*, aforismo 55, párrafos 5-11, pp. 59-62

<sup>11</sup> *Ibid.*, prefacio, § 2, p. 29.

El cuarto y último período, «*El período de la catástrofe*» tiene que ver con la presencia de este visitante ya se había sentido pero se procuró evitar su irrupción dentro de la morada (moral), de allí que su entrada produzca incomodidad aunque sea inevitable. ¿Por qué se había evitado su entrada?, porque significaba el derrumbamiento del refugio, esto es la *catástrofe*. Su llegada, si bien no busca el fin de la historia, tiene como propósito la finalización de algo que ya caducó, la finalización de un largo error; él llega por la insostenibilidad de la forma como se venía afrontando la existencia. Con la catástrofe su presencia se hace inevitable y es un hecho al cual nadie se puede aislar ni huir, de modo que no hay lugar ni refugio. Todos quedan inevitablemente ante él, para este momento todos deben saber resolverse para la acción. Esta es la «*doctrina que criba a los hombres...*», el nihilismo activo/extremo/perfecto/completo y consecuentemente el nihilismo clásico.

50

La vida como ascenso implica una muerte que le abra camino; la vida es *voluntad de poder* y su fundamento es el querer, el *dirigirse a...* El mundo parece carente de sentido y, sin embargo, reclama valores nuevos para continuar viviéndolo, por tal razón el nihilismo (ascendente) es una necesaria transición. El es proceso previo para la novedad. El transvalora y es figura de la *voluntad de poder*. No se trata, pues, del mero derrumbamiento o de la moda de la destrucción, sino de una tarea exigida desde la esencia y que expresa la esencia misma.

Siendo el nihilismo un proceso de transición no se puede pretender existir permanentemente en él, éste debe ser superado. No obstante, su superación no se debe dar como amnesia, pues si fuera así el proceso pierde su fuerza y se retomarí exactamente el mismo error. La conciencia (permanente y no ocasional) juega un papel importante para su superación, para comprenderlo desde su profundidad y para apropiarse de los conocimientos más esenciales que él proporciona, el valor, el valorar, la *voluntad de poder* y *el eterno retorno*. Se llega de esta manera al nihilismo clásico.

El valor no sólo es posible (como realización efectiva en la realidad), es necesario para el ser. Con este proceso el mundo queda libre para una nueva valoración. El hombre cambia, no sólo su forma, sino también su posición; es necesaria una reconfiguración del mundo, una transvaloración que de nueva y mejor forma de relacionarse con el mundo; con el inminente derrumbamiento de la vieja moral no sólo cambian los valores, sino también la forma de valorar y de ubicar valores. Los nuevos son valores revitalizados, que se presentan como un ascendente reflejo de la superación y la vida.



«¡El viento del deshielo! Un toro no uncido al arado, ¡un toro furioso y destructor que rompe el hielo con astas coléricas! Y el hielo ¡rompe los puentecillos!»<sup>12</sup>

## Bibliografía

- NIETZSCHE, F., *La voluntad de poderío*, Libro primero: *El nihilismo europeo*, Biblioteca Edaf
- , *Así habló Zarathustra*, Ed. La Oveja Negra, Bogotá, 1982
- , *El crepúsculo de los ídolos*, Alianza Ed., Madrid, 1998
- , *Genealogía de la moral*, Alianza Ed., Madrid, 2000
- , *Ecce homo*, Alianza Ed., Madrid, 2000
- HEIDEGGER, M., *Nietzsche*, parte I: *La voluntad de poder como arte*, vol.1, pág.19, parte IV: *El nihilismo europeo*, vol. 2, pág.33, Ed. Destino, Barcelona,2000

<sup>12</sup> Nietzsche, F., *Así habló Zarathustra*, Tercera parte, *De las viejas y nuevas tablas*, § VIII, Ed. La Oveja Negra, pág. 208